

rias. A lo mejor una sequía, un agotamiento de cualquier arroyo, una de las infinitas plagas á que los pueblos meridionales se hallan sujetos, desolábanlo todo y exigía medidas de salvación excepcionales. Por consecuencia, nada más fácil que tentar la codicia de los Nabucodonosores, ofreciéndoles botín seguro en los frecuentes despojos de razas inferiores ó vencidas. Y nada más fácil, después del despojo, que obtener también una matanza. No podemos detenernos ante los mil decretos de proscripción y exterminio que pululan en las historias antiguas; pero con sólo recordar de los tiempos modernos la guerra de los albigenses y la degollación de los hugonotes, basta para comprender qué medidas tan análogas, por lo crueles, tomarían en tiempos bárbaros aquellos emperadores orientales, confundidos y mezclados con las bestias feroces de sus infinitos desiertos.

Firmado el rescripto, que confiscaba los bienes judíos y condenaba el pueblo de Israel á muerte, comenzó Mardoqueo á dar grandes alaridos por las calles y por las encrucijadas, como solían todas aquellas gentes. Una de las señales mayores, que de negro duelo daba Israel, consistía en rasgar las vestiduras de lujo, y ceñirse los sacos, y revolcarse sobre las cenizas, y abrazar al cuerpo los punzantes cilicios. Mardoqueo salió por las calles en són de

duelo y atronó los aires con sus querellas y quejidos. Llegaron á conocimiento de Esther, y temiendo la joven que cediera en daño de su pueblo aquel espectáculo dado por los suyos, envióles vestidos nuevos para que se ataviasen, y rogóles prudente moderación á fin de no avivar persecuciones crueles. Mardoqueo le respondió notificándole todo cuanto pasaba: el despojo de los bienes, la sentencia capital contra los israelitas. Y notificado esto, díjole á Esther cómo necesitaba intervenir ella en pro de su pueblo, apartando al rey Asuero de los intentos sugeridos por su ministro el malvado Amán. Conjurábala, pues, á que intercediese con todas sus súplicas y con todas sus influencias en favor de sus gentes, y las preservase al azote que las amenazaba. Esther observó cómo, no pudiendo presentarse dentro de palacio sino á un llamamiento del rey, corría grave peligro su vida y su honra de penetrar, sin ser llamada, en aquella especie de inaccesible santuario, reservado á los déspotas por las leyes y las costumbres asirias. Pero Mardoqueo insistió diciéndole cómo le parecía preferible un riesgo de la vida en ella y en él á una matanza de todos sus hermanos.

Los críticos del Viejo Testamento ponen muchas observaciones á este sencillo relato. En primer lugar parécenos cosa difícil tan continuo comercio de

ideas entre fuera y dentro del palacio. En segundo lugar ignoran cómo y por qué había ocultado Esther su origen á los ojos de aquella corte, la cual debía conocerlo por haber recorrido tantos territorios y sojuzgado así tantas razas. Imposible, no digo á una judía distinguida como Esther, á una judía de baja extracción, esconderse así al conocimiento profundísimo que de los pueblos esclavos alcanzaban los reyes conquistadores. Luégo este Mardoqueo, despojado, por rescripto, de sus bienes, por imperial rescripto también sujeto á la pena de muerte, próximo en aquel despótico imperio á verse aplastado por la suma pujanza de un despóta sin freno y un ministro antojadizo ¿cómo rasga sus vestiduras, cual si estuviera en plena patria, y pregonar su dolor y su desgracia con riesgo de atraer sobre su frente la cólera del poderoso y acelerar la ruina del pueblo? Todas estas contradicciones pululan en los viejos relatos de las familias asiáticas. Confiados una gran parte á la tradición oral, recogidos de generación en generación sucesiva con las alteraciones propias de todas estas referencias orales, fijado el texto muy tarde y fijado con múltiples interpolaciones, adolecen de irremediable carácter contradictorio y están plagados por fuerza de graves inexactitudes. Pero no hay otra fuente de histórica verdad fuera de tales relatos y debe

uno atenerse á ellos fielmente, si quiere desviarse lo menos posible de los conceptos y de los principios en que han sido como vaciados todos estos personajes.

Naturalmente, si Esther aguardaba con resignación á que se acordara de su nombre y de su persona el rey, quizás olvidada en el harén, jamás hubiera podido servir á su pueblo. Pero si Esther iba sin llamamiento alguno, por su propia voluntad, conculcando el código de aquellos cortesanos, arriesgábase á morir. Nada más fácil que, dado el desprecio de la vida humana, entonces reinante, arrojar una persona en la espelunca de los brutos feroces. Por consecuencia, si Esther interrumpía una ceremonia cualquiera de la corte, ó incomodaba inoportunamente al despóta, podía sobrevenirle cualquier desventura y pagar muy cara su audacia. Por tal razón dispuso que los suyos dirigieran plegarias al cielo y ayunaran varios días, mientras apercibía ella la celada en que prender al favorito para salvar al pueblo. En efecto, después de haberla designado para su harén, después de haberla recluido entre sus mujeres, después de haberla puesto en su familia, no volvió á recordarla, encontrándose la joven expuesta en aquella ocasión á la terrible alternativa, ó de privar en el tálamo real, ó de caer en las garras de las fieras. Apeló, pues, á

todos sus encantos. Larga túnica, tras la cual se dibujaban sus hermosas formas, ceñía su cuerpo; amplio manto bajaba desde sus hombros al suelo en rozagante púrpura; áureo cinturón sembrado de pedrería ostentaba en su cintura, y alba tiara con un solo zafiro preciosísimo coronaba su cabeza, de la cual caía sobre las espaldas, á manera de poéticas sombras, su larga y negrísima cabellera. Tanta hermosura, ornato tan extraordinario, gracias en tal número, el relumbrar de las piedras preciosas, el centelleo de los ojos profundísimos, el aliento que levantaba su pecho, las palpitations mismas de su corazón que se veían tras aquellas preseas, todas sus ventajas ¡oh! debían cautivar al tirano, y difundiendo por sus venas la sutil ponzoña de aquel sensualismo á cuya eficacia no podía resistirse un temperamento gastado por la indolencia y por los vicios, conseguir todo cuanto se propusiera y mandar con tiranía sobre aquel esclavo con corona.

Era uno de los magníficos patios que ornaban el palacio imperial. Velos de púrpura daban arrebolados resplandores á las columnatas de alabastro, incrustadas en oro y en jacintos. Los surtidores esparcían grato frescor y halagaban dulcemente al oído. Escuchábanse los coros de las avecillas en áureas pajareras, mezclados con los acordes suaves de una música deliciosa que parecía exhalada por

los puntos de aquellas líneas convertidos en notas y por los labios de aquellas esfinges modulando indecibles himnos. El aire, la brillante luz, las galerías aquellas del palacio, aromadas por toda clase de perfumes, la voluptuosidad difundida como una especie de savia por todos estos sitios orientales, convidaban al ocio, y el ocio al placer. Había el rey Asuero salido un instante de su cámara, y, sin haber andado ningún trecho, sentíase ya fatigadísimo y acababa de caer, lánguido de puro exhausto, sobre un mullido cojín semejante á cómodo lecho. En esta coyuntura tan propicia, por lo tentadora, presentóse al rey Asuero la hermosa judía Esther. ¡Oh, empeños del acaso! que dirían nuestros clásicos. Inoportuna la presencia, Esther moría; oportuna la presencia, reinaba Esther. A un capricho se libra en la tiranía siempre así la suerte de los individuos como la suerte de los pueblos.

Asuero tendió su cetro de oro sobre la cabeza de aquella hermosísima joven, y esta señal sencilla de su deseo y de su imperio bastó para salvarla, diciéndola cómo había estado de bien inspirada y feliz al presentarse tan deslumbradora en aquel sitio propicio y en aquella coyuntura favorable. Pero no se contentó el déspota con esta señal de su favor, sino que la llamó reina suya. Y después de haberla llamado reina suya, le añadió que dispu-

siese á su arbitrio de la mitad completa del reino. Esther, sagaz como su raza, muy sabiamente calculadora, no quiso de una vez descubrir todo su pensamiento, contentándose con á medias insinuarlo para imponerlo en ocasión mejor. Así redujose á celebrar en espléndido banquete á la usanza persa el título que había recibido y la dignidad que había logrado. É hizo más: con la simulación propia de su raza, que se acrecienta y aguza en los palacios, convidó al banquete de loa y regocijo persona tan detestable y detestada como Amán. Durante la comida el rey le dijo á la reina, para certificación de su poder, que le pidiese cuanto deseara, en la seguridad completa de ser por todos como á soberana obedecida. No quiso Esther, sin duda, en aquel momento, asombrar con demandas más ó menos trascendentales aquella primera festividad regia, y redujose á decir que daría un segundo banquete para formular sus deseos, al cual banquete quería también asociar la presencia de Amán. Salió éste muy regocijado y satisfecho del convite, cuando se dió en la puerta de manos á boca, inopinadamente, con Mardoqueo, empecatado, según sus antiguos hábitos, en rehusarse á todo saludo y mostrarle su enemistad irreconciliable. Contó en familia el privado todo lo bueno que le sucediera con la solícita reina y todo lo malo

que le sucediera con el audaz Mardoqueo. Su familia le aconsejó, unánime, que honrara mucho á Esther, y en cuanto á Mardoqueo, que alzase en su puerta una horca de cincuenta codos y lo colgara en ella sin piedad.

Mientras maquinaban Amán y su familia esto contra Mardoqueo, dormía el rey Asuero. Y algo relativo á este judío soñó aquella noche. Con la influencia ejercida por los sueños en todos los orientales, indagó Asuero lo que debía allá en su fondo al judío, pues de no deberle algo ¡por Dios! que no soñara con él. En Persia existían historias oficiales, y en estas historias constaban los hechos capitalísimos escritos á diario de la vida regia. Y como entre los hechos de primera magnitud allí registrados estaba la conspiración de los eunucos palaciegos contra el rey Asuero y el servicio prestado, cual ya sabemos, en aquella sazón, por Mardoqueo, preguntó qué premio le habían dado. Y como supiera con grande indignación que ninguno, arbitró el medio de resarcirlo. En estas el rey se hallaba cuando entró Amán buscando un rescripto para levantar la horca de cincuenta codos y colgar en ella sin piedad al judío. ¡Cuán diversos los pensamientos del soberbio monarca y del primer ministro en aquella singular ocasión! Mientras el uno meditaba la perdición, el otro meditaba la prosperidad

de Mardoqueo. Mal ceño debía tener Amán, como quien piensa cosas malas, y buen ceño Asuero, como quien piensa cosas buenas. Lo cierto es que, al presentarse con tanto mal humor su criado, y sentirse con tanto regocijo él, dijole Asuero cómo pensaba premiar á un vasallo suyo. Y Amán le respondió no comprender que pudiera darse á otro alguno, fuera de su persona, premio en aquel reino. Y el rey le dijo haber uno tan honorable que se desvestía su traje para que aquél se lo vistiese, descabalgaba su caballo para que lo cabalgase aquél, y se desceñía su corona para que aquél se la ciñese. É hizo más, ordenó al favorito Amán que llevara él mismo en persona vestimenta, diadema y caballo al premiado. Y así lo hizo Amán. Pero al salir, como preguntara el nombre de tan favorecido personaje y le dijeran ser Mardoqueo, quedóse de asombro convertido el privado en una estatua.

Al día siguiente celebró la reina su banquete, y hallóse al banquete presente Amán. A pesar de los honores decretados á Mardoqueo, no había el favorito desistido por completo de sus intentos, y á fin de cumplirlos alzó aquella horca de cincuenta codos que ya hemos en su debida ocasión mencionado. Comieron opíparamente reina, rey, privado, al són de músicas y coros, al olor de pebeteros é incensarios. Y, llegado el vino de los postres, Asuero

dirigióse á su esposa y le dijo que formulara la demanda en otros días hecha, y á cuya satisfacción él se comprometiera. Llegó, pues, el momento propicio de que hablara Esther. Y llegado este momento, exclamó: «Vendidos estamos yo y mi pueblo para ser destruídos, muertos y exterminados. ¡Oh! Si para siervos y siervas fuéramos vendidos, callárame yo. Mas no puedo callarme ante la muerte.» El rey preguntó con solicitud quién maquinaba de tal modo contra los mismos á los cuales quería él proteger, y quién atentaba también á todo cuanto él quería honrar. Entonces la reina Esther, alentada por aquellas palabras, y persuadida en su interior de que ningún peligro corrían ella y su pueblo, señaló al favorito Amán, y lo delató por su nombre y por sus títulos al monarca. Airado éste, creyó morir de cólera y de furor al peso de su vergüenza, y no pudiendo respirar en aquel aire encendido por el calor de tantos candelabros y viciado por el olor de tantos perfumes, salióse al huerto del palacio, para respirar mejor y esparcirse un poco. Entonces Amán se arroja de súbito á los piés de la reina Esther, arrastrándose como una culebra por el suelo. Su pecho no se cansaba de pedir gracia. Ceñíanse sus brazos á los piés de la reina. Sus labios estampaban suplicantes en aquellas manos, que lo habían arrojado al abismo, besos continuos.

Todas cuantas invocaciones puede sugerir la desesperación, todas salieron de aquella desapoderada boca. Cuando el rey volvió, Amán estaba tendido en el mismo lecho donde asentada la reina. Indignadísimo el monarca de verlo en aquella irreverente actitud, preguntóle si quería también atreverse á su mujer. Uno de aquellos eunucos destinados á representar papeles tan tristes en los palacios orientales, queriendo congraciarse con el poderoso y perder más al perdido, contó cómo había levantado una horca de cincuenta codos por mandato de Amán. Y al punto el rey dijo que ahorcaran á éste súbito en tal horca. Y lo ahorcaron.

La crítica histórica encuentra mucho que reprochar á estos pasajes. Primeramente no comprende cómo el rey había olvidado los servicios que le prestara en la conjuración de los eunucos Mardoqueo, y lo recuerda sólo en sueños. Luégo los procedimientos de que se valen los judíos para ganar el ánimo de Asuero parécenles reprobables de toda reprobación. Los embustes en tropel saltan á cada paso. El pueblo judío se salva, pero á costa de que su más hermosa doncella entre de grado en el más pervertido harén. ¡Qué diferencia entre esta prostitución voluntaria y la castidad hermosísima de Lucrecia! ¡Qué abismo entre las complacencias del primo de Esther y la sublime austeridad del padre

de Virginia! Una diadema forjada por los apetitos de un déspota para ponerla sobre las sienes de una joven ¡ah! no puede levantar ni á la mujer ni al pueblo que la recibe. Además, ¿cómo Amán, que tanto celaba el proceder de Asuero y tanta necesidad tenía de seguirlo á todas partes, de vigilarlo en sus menores afectos, de averiguar cuanto pasaba en aquella conciencia y en aquel corazón ¡ah! no sabe que la reina Esther de suyo pertenece á un pueblo contra el cual siente un cúmulo tan horrible de odios él? No hablemos del olvido en que cayeran los servicios de Mardoqueo. No hablemos de los honores prestados á éste: ¡vestido del rey, caballo de gala, diadema de ceremonia cuando ya su pueblo ha sido condenado á confiscación y á muerte! Un favorito como Amán, un hombre de su grandeza y de su poder, se humilla delante de Mardoqueo cuando éste no ha ganado su favor nuevo ni aquél perdido su vieja privanza. Tiene Amán un rescripto en la mano condenatorio del pueblo judío y no lo usa, cuando con aquel rescripto ha podido fácilmente desasirse de todos sus enemigos y exterminarlos á mansalva. Todo esto resulta por tal manera contradictorio, que da lugar á muchas y muy fundadas críticas.

En realidad, lo más terrible de tal historia es la parte última, aquella en que las venganzas de Mar-

doqueo y Esther llegan á saciarse. Asuero ahorca por súbito mandato al privado á quien antes exaltara y subiera de grado hasta su trono. Su casa, la casa en que los cortesanos del poder se congregaban cuando no podían ir al palacio del rey mismo, es traspasada, caliente aún el cadáver de Amán, á manos de Esther; la tumbaga con que solía sellar el favorito las órdenes reales entra en el dedo de Mardoqueo, puesta por la mano de Asuero; revócanse las órdenes de confiscación y exterminio dadas contra los judíos, y los escribanos reales se reúnen y trazan en cien lenguas diversas las órdenes conducentes al rescate de los judíos que volvieron á su libertad doquier se hallaron, en ciento veinte provincias extendidas desde los arenales etiópicos á las selvas indias. Correos salieron en todas direcciones á caballo, á pie, ora en dromedarios, ora en yeguas, con intimación de que los judíos pudieran reunirse á su grado y estar á la defensa de su vida, levantándose, como les pluguiera, y concluyendo con cualquier pueblo, incluso los niños y las mujeres, para tomar, después de aniquilados, sus bienes y sus haciendas por despojos. É hizo más, designó un día, el 13 del mes duodécimo, llamado mes de Adar, para que pudiesen los judíos á una satisfacer su venganza y saciar su sed hidrópica de sangre. Dada la ley en Susa, los correos cabalga-

ron noche y día, constreñidos por las ordenes del rey, así como apresurados por la urgencia del caso, desde la capital á los últimos extremos del reino.

Mardoqueo recogió las insignias del poder supremo, rizó barba y cabello á la manera persa, enlazó en sus rizos las joyas usuales. Vistióse de blanca túnica y manto morado. Púsose la esclavina de púrpura en los hombros con la diadema de oro en las sienes. Mucho se regocijaron los judíos y muchos banquetes dieron en celebridad y en loor de semejantes hechos. Y sus enemigos, tan soberbios en otro tiempo, se les pasaban á su partido y les consagraban toda suerte de zalamerías orientales. Los partidarios de Amán el favorito no pudieron enseñorearse de los partidarios de Mardoqueo el esclavo. Bien al revés, Mardoqueo persiguió á los de Amán allende la horca y el suplicio de este último. Los que antes denostaban á los judíos hicieron lenguas después para loarlos. Aquellos sátrapas que se apercebían á perseguirlos bajaron la cabeza en su presencia, cual si fuesen los esclavos señores. Y el pueblo de Israel mostró crueldades tan atroces como las mostradas por otros pueblos con ellos. Y esgrimíó su espada en los enemigos como si nunca la esgrimieran otros en él. Dentro de Susa, la capital, pasaron á cuchillo quinientos partidarios de Amán. Diez hijos de éste perecieron